

EL GOBIERNO

Il Comunista, 2 de diciembre de 1921.

La postura de los comunistas ante todas las tonterías que profieren en las Cortes los demócratas, los socialdemócratas y los socialistas, que ya se preparan para empezar de nuevo esa vieja farsa del bloque de izquierdas, es extremadamente sencilla.

No es en absoluto cierto que si existe el fascismo es porque no hay gobierno capaz de reprimirlo. Es un error pensar que la formación de un gobierno de este tipo, y en general el desarrollo de las relaciones entre la actividad del Estado y el fascismo, depende de cómo vayan las cosas en el Parlamento. Si se forma un gobierno fuerte, es decir, un gobierno capaz de hacer cumplir la actual ley, el fascismo se aletargaría, pues no tiene más objetivo que hacer respetar realmente la ley burguesa, ley que el proletariado pretende demoler, que ha empezado a demoler y que continuará demoliendo hasta que cedan las resistencias conservadoras. Para el proletariado, los efectos de un gobierno fuerte son los mismos que los del fascismo: un gran engaño.

Hagamos algunas aclaraciones sobre estas tres afirmaciones que oponemos al nauseabundo juego de esta “izquierda” política, que se relaciona y mercadea obscenamente en el Parlamento y que nos inspira de todo corazón un asco mil veces mayor que el que merecen los reaccionarios, los clericales y los social-fascistas de ayer y de hoy.

Al Estado burgués (cuyo poder efectivo no reside en el Parlamento, sino en la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura) no le preocupa ser suplantado por la salvaje acción de las bandas fascistas. Uno no puede estar en contra de aquello que ha preparado y defiende. Sea quien sea el grupo de payasos instalado en el poder, la burocracia, la policía, el ejército y la magistratura apoyarán al fascismo, su aliado natural.

Para eliminar al fascismo no se necesita un gobierno más fuerte que el actual, bastaría con que el aparato estatal dejara de apoyarle. Ahora bien, el aparato del Estado prefiere emplear la fuerza fascista, más que la suya propia, contra el proletariado. La apoya indirectamente y tiene buenas razones para ello.

Nosotros, los comunistas, no somos tan tontos como para reclamar un “gobierno fuerte”. Si creyéramos que basta con pedirlo para tenerlo, lo que reclamaríamos sería un gobierno lo más débil posible, para que el Estado y su formidable organización se viera impotente a la hora de intervenir en los combates entre blancos y rojos. Entonces, los demócratas del tipo Labriola¹ verían que se trata de una verdadera guerra civil, y el Duce se convencería de que sus victorias no se deben al “ruin materialismo” de los trabajadores. El “gobierno fuerte” sería entonces el que levantaríamos los comunistas, a continuación, contra unos y otros. Pero esta hipótesis es absurda.

El fascismo ha surgido de la situación revolucionaria. Revolucionaria porque la barraca burguesa ya no funciona, porque el proletariado ya le ha dado los primeros golpes. La vulgar demagogia y la incomparable ruindad de los falsos jefes proletarios de los diversos matices que existen en el partido socialista, han saboteado el avance del proletariado. Pero esto no cambia el hecho de que la clase obrera revolucionaria de Italia ha tomado la feroz iniciativa de atacar al Estado burgués, al gobierno, al orden capitalista, es decir, la ley que preside la explotación de los trabajadores.

¹ Arturo Labriola fue socialista, luego teórico de los sindicalistas revolucionarios, para pasar a convertirse en Ministro de Trabajo en el gobierno de Giolitti de 1920.

La situación puede cambiar, la crisis capitalista puede agravarse o atenuarse momentáneamente, el proletariado se puede volver más agresivo o sucumbir ante los golpes del enemigo y dejar que los infames socialistas le dispersen, hipótesis cuya probabilidad aquí no vamos tratar. Pero el cambio de la función del fascismo respecto a la organización estatal depende de estos giros. Si el proletariado es derrotado, cualquiera que sea el gobierno, adoptará el rostro de un “gobierno fuerte”, y las bandas fascistas podrán dedicarse al fútbol o a adorar el derecho vigente y sagrado. Si el proletariado vuelve al ataque, el juegucillo de las alianzas secretas entre los liberales en el gobierno y las organizaciones fascistas continuará durante algún tiempo, con un ministerio Nitti o quizá Modigliani²; pero no tardará en llegar el momento en que los fascistas y el bloque de los demócratas de izquierda se pongan de acuerdo en que el único enemigo del actual orden es el proletariado revolucionario, y entonces actuarán juntos abiertamente para que triunfe la contrarrevolución.

La evolución de estos fenómenos sociales e históricos no tiene nada que ver con la actual parada de los idiotas y truhanes que se desarrolla en el Parlamento. La “izquierda burguesa”, que con 150 diputados cuenta con 145 candidatos a puestos ministeriales, no tendrá ninguna influencia en esta evolución. Al contrario, es ella quien puede llevar al poder a un Dugoni cualquiera, a un Vacirca o a otros personajes de la misma calaña, unos personajes completamente incapaces de defender los intereses proletarios, que se equivocan cuando, tomándose en serio sus jeremiadas sobre la violencia fascista, les eligen.

Pretender que un gobierno desarme al fascismo y devuelva al Estado su función de único defensor del orden mediante simples maniobras parlamentarias, como hace el sutil crítico que es Labriola, es algo tan estúpido que sólo podemos pensar que le empuja el ansia más vulgar de medro político. Admitamos sin embargo por un instante que eso sea cierto, ¿qué lograría el proletariado? Un engaño, repitémoslo. El más solemne de los timos.

Hubo un tiempo en que el juego de la izquierda era oponerse a la derecha burguesa, pues ésta empleaba medios coercitivos para mantener el orden, mientras que aquella trataba de mantenerlo con medios liberales. Hoy, concluida ya la época de los medios liberales, el programa de la izquierda consiste en mantener el orden con más “energía” que la derecha. Intenta hacer tragar esta píldora a los trabajadores con el pretexto de que los que perturban el orden son los “reaccionarios” y que la “energía” de este gobierno de izquierdas se dirigirá contra las bandas blancas de Mussolini. Pero como la misión del proletariado es destruir este orden maldito para instaurar el suyo, para él no hay peor enemigo que aquel que trata de defender este orden con todas sus fuerzas.

Si pudiera confiar en el liberalismo, el proletariado exigiría a la burguesía un gobierno liberal, para poder instaurar su dictadura con menores sacrificios. Pero así estaría dando a las masas falsas ilusiones. Por tanto, los comunistas denuncian el programa de la izquierda como un fraude, tanto cuando gime por la violación de las libertades públicas como cuando se lamenta de que el gobierno no sea lo suficientemente fuerte. Lo único bueno es que a medida en que se desvela este fraude cada vez más claramente, el liberal empieza a aparecer como el gendarme, y aunque se vista de militar para detener a Mussolini, siempre será un gendarme. Desde luego no detendrá a Mussolini, sino que hará guardia para proteger al enemigo de la clase obrera: el Estado actual.

Por tanto, nosotros no estamos a favor ni de un gobierno fuerte ni de uno débil; ni de la derecha ni de la izquierda. No avalamos estas distinciones puramente parlamentarias. Sabemos que la fuerza del Estado burgués no depende de las maniobras de los diputados. Nosotros sólo apoyamos un gobierno: el gobierno

² Emmanuelle Modigliani era un diputado socialista del ala reformista, representante a esta corriente junto a Turati y Treves; Dugoni y Vacirca, citados más abajo, también eran diputados “turatianos”. Nitti, demócrata, fue primer ministro desde agosto de 1919 a enero de 1920; generalmente se le considera “rival” de Giolitti en el gobierno democrático de posguerra, y fue cortejado por los reformistas como “demócrata de izquierdas”. Nitti creó la Guardia Real (Guardia Regia) en el otoño de 1919. Casualmente los cuatro se volvieron antifascistas en 1924.

revolucionario del proletariado. Y no se lo pedimos a nadie, sino que lo preparamos contra todos ellos, desde el propio seno del proletariado.

¡Viva el gobierno fuerte de la revolución!